HISTORIA DEL HOSPITAL PASTEUR[1]

EL ASILO DE MENDIGOS DE LA UNIÓN

SUS ORÍGENES HASTA EL HOSPITAL PASTEUR DE MONTEVIDEO

Héctor Brazeiro Diez [2]

I

Introducción

El actual Hospital Pasteur ocupa un edificio inadecuado a sus fines, porque construido para colegio-Seminario, pasó a ser Cárcel, luego Comisaría de Extramuros y más tarde Escuela Primaria, hasta que la urgencia de albergar

[1] **Transcripción e ilustraciones incorporadas por Antonio L. Turnes (30 de diciembre 2012). Los retratos a lápiz fueron realizados por Marcelino Buscasso, y oportunamente publicados en los Boletines del Sindicato Médico del Uruguay publicados entre 1921 y 1930. Marcelino Buscasso fue Jefe de Fotógrafos del diario *El Día*, (al menos desde 1905) y junto a él se formaron los hermanos Juan y Antonio Carusso y su sobrino el pintor y fotógrafo Eduardo Vernazza.**

[2] **Publicado en Sesiones de la Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina. Volumen XII. 1990. Juan Ignacio Gil – Sandra Burgues Roca – Fernando Mañé Garzón, Editores. Montevideo, 1993; pp. 151-188.**

los mendigos y los huérfanos de las epidemias y guerras obligó a adaptarlo a dicho fin.

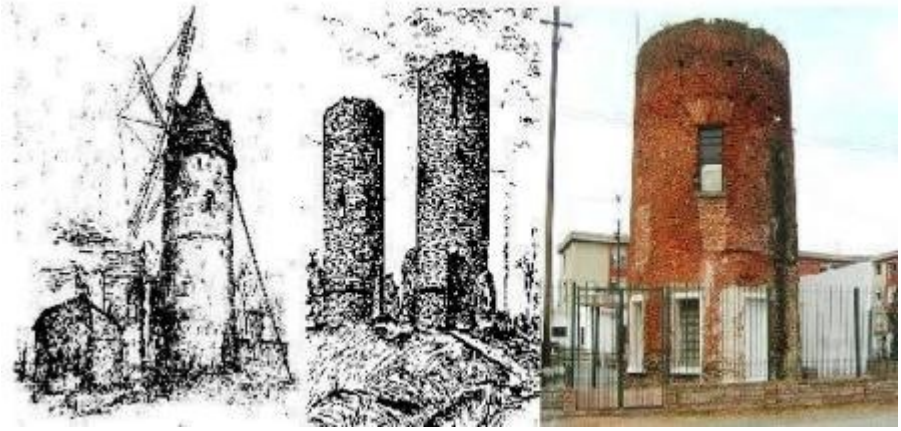
Entrada principal con frente a Larravide. A la derecha se encontraba la Capilla, hoy transformada en salón de actos.

La gestación del establecimiento actual, que las sucesivas remodelaciones han dado funcionalidad se hizo como Asilo que tenía su Enfermería con su médico cotidiano; éste ya era un embrión de hospital asistencial.

La idea del edificio fue del Gral. Manuel Oribe, que estaba orgulloso de levantarlo en medio de la guerra y lo mostraba aún inconcluso a los extranjeros que lo visitaban.

Así lo describe, junto con los agasajos recibidos, el político americano Samuel Greene Arnold cuando visitó el país en plena Guerra Grande. Lo vio este americano como una obra de aliento, concebida y sin duda terminada a pesar de las convulsiones políticas. De este entusiasmo del General participaban todos los que llegaban al país.

Quería Oribe una Capital para oponer a Montevideo que resistía su asedio. Empezó así institucionalizando el campamento disperso alrededor del caserío del Cardal que se extendía a lo largo de la ruta a Maldonado desde la plaza de Montevideo.



Los molinos de La Unión.

Así el Cardal, lugar de trigales, molinos, atahonas y hornos de ladrillos centró una población que empezaba allá en la Cuchilla Grande, donde el Saladero de Legris y aún más lejos en la Azotea de Lima. A lo ancho empezaba en el Miguelete y a lo largo del camino de los Propios con el eje en camino Corrales llegaba hasta el Buceo. El caserío llegaba hasta la Bahía, donde el muelle de la naciente fábrica de Estearina de Diehl mostraba los primeros rieles de hierro que conoció el país.

II

La Restauración y el Colegio

La generosa idea era dotar a la población de la restauración de un Colegio o Seminario, similar al de San Carlos en Buenos Aires con sistema de internado para recibir a la juventud de la campaña. Para ello contó con profesores españoles, que por carlistas salían de su país.

Algunos de estos como Cardoso, Cayetano Ribas y más tarde Forteza tuvieron escuelas particulares en la Restauración. Otros como Juan Manuel Bonifaz se pasó desde Montevideo donde cerró el Colegio Oriental. Él venía desde París pasando por Buenos Aires.

No pensaba Oribe en un Hospital porque Hospitales militares ya los había en el Cerrito, además del particular del Dr. Pedro Capdehourat que lo tenía cerca de la esquina del Con. Gral. Artigas y el Con. Del Cardal, atrás del frontón de pelota. Allí este médico vasco-francés llegó a operar con anestesia general, una novedad científica para aquel entonces (c.18/).

Pero la vecindad con el Cementerio de la Mauricia ensombrecía este servicio sanitario.

No faltaban médicos en el Cerrito y alrededores. Los requerían los 14 mil hombres del Ejército que acompañados por "el chinaje", planteaban infinitos problemas sociales y sanitarios, cuya resolución caía en primer término sobre el Médico de Policía, Dr. francisco García de Salazar, al que ayudaban turnándose por los días y noches los Dres. Francisco de Arrarte, Pedro Capdehourat, Augusto Robert, José María Azarola, Nicasio del Castillo, de la Cueva, Isidro Muñoz, y Cornelio Spielman un alemán graduado en Leyden que fue médico de la familia Artigas. Murió después de la Guerra Grande en 1856 en su quinta vecina a los Maturana; reposa en el Cementerio Central de Montevideo.

Parecía contradictorio erigir un Colegio en la restauración pero: "era uno de los grandes amores del General" – como decía el Dr. Azarola, porque era admitir la permanencia del ya indefinido sitio a Montevideo.

No tenía propiedades en la Restauración el General, cuando las precisó, las compró. Recién al fin de la Guerra Grande dispuso de la chacra del Miguelete que le vino por herencia. Algo quedó de esta propiedad: el manantial, los pilares del jardín y la Capilla en la calle Zufriateguy, restos visibles hasta nuestros días.

Por eso, para obras de magnitud como las que se proponía requirió donantes; y los halló; don Tomás Basáñez se alineó con Juan Pijuan y con el porteño Norberto Larravide para donar un terreno y 20 mil ladrillos de primera para una Iglesia, la Plaza y un Edificio Público.

Resultó chico el predio primitivo, por lo que don Tomás lo permutó con Lorenzo Lascano para alcanzar las 5000 varas cuadradas. Aún era poco, por lo que se le añadió la parcela expropiada al salvaje unitario Miguel Martínez con lo que se redondeó la superficie ocupada hasta hoy por la Iglesia, la Plaza y el Hospital.

La Iglesia era otra aspiración del Presidente, que por otra parte ya tenía la propia en la calle de los Olivos (actual J. Serrato) que duró hasta el temporal de 1935, por lo que muchos vecinos de la Unión llegaron a conocerla.

El General Oribe quería para la Restauración una Iglesia formal, por eso planeó la de San Agustín, en honor de su esposa y sobrina doña Agustina Contucci. Surgió así el primitivo edificio demolido en 1895 después del incendio del ´92.

III

Fontgibell y el "Mirador de Oribe"

Los desvelos edilicios de don Manuel eran amplios; edificó otras iglesias, la del Paso del Molino, la del Reducto, la basílica en San José. Pero aquí sus esfuerzos se centraron en esta Iglesia y en el Colegio, separados por la Plaza, que muchas mañanas atravesó después de Misa, corto el aliento, para visitar los cimientos que el catalán don Antonio Fontgibell levantaba para el Colegio. La Plaza de Toros, otra inquietud, quedaba más lejos.

Esta fiebre edilicia requería constructores, que los tuvo y buenos. Porque don Antonio Fontgibell ganó la confianza del General cuando en 1846 apenas llegado al caserío, unió las orillas del arroyo Cerrito donde cortaba el camino de los Olivos con un puente de piedra, levantado de apuro en 24 horas, y que siguió prestando servicios hasta que en 1848 se entubó el arroyo.

Hubieron otros constructores en la Restauración; no me olvido de don Vicente Mayol, maestro de obras, también español, mallorquín que sabía escribir de historia, Don Romeo Hitta, el ingeniero porteño que poseyó estancia en Las Piedras y que por sus construcciones cobró fuerte al General.

Pero Antonio Fontgibell fue para el Cerrito y sus alrededores lo que Toribio para Montevideo y el Hospital de Caridad. Diestro en aquellos ladrillos grandes y chatos que asombraban a los vecinos de la Unión que vieron demoler parte de la Cárcel en 1898. Don Antonio los disponía en bóvedas, en arcos, en cercos de un modo particular, de canto, casi sin mezcla, coronados por una hilera; así construyó la Plaza de Toros.

A Fontgibell debió la Restauración la primitiva Iglesia, el famoso "subterráneo" de Oribe, que era un gigantesco aljibe, la Plaza de Toros, los Baños y Lavaderos públicos, que al menos se iniciaron.

Plaza de Toros de la Unión, circa 1896. Dos detalles.

Paradojalmente en el Edificio que me ocupa, se discute que Fontgibell lo haya construido totalmente, porque el arquitecto porteño Horacio Denuzio sería para algunos el director de esta obra.

Lo cierto que este artesano, al que ni siquiera una calle recuerda, casado en el Cerrito con doña Juana Pereyra, Juana "la Brava" para algunos dejó construida media Restauración; toda la vereda que enfrenta al Colegio estaba

ocupada por las casas de renta de don Norberto Larravide siendo éstas un edificio frontal de dos plantas, que siguen hasta la actual Joanicó, además de la residencia del magnate donde está el actual edificio del Banco República. Todos estos edificios fueron de la mano de don Antonio, lo que se ve en la habilidad de las crujías de los sótanos, como los del Café Cerro Largo, y en los originales aljibes, porque toda la manzana comunicaba por ellos, de modo que al secarse uno, secaban todos, con sorpresa de quienes no estaban en el secreto. Es que en aquellos tiempos no se esperaba el Cólera, que lo trajeron los ejércitos brasileños en el 1868.

De cualquier modo, el Mirador de Oribe con sus bóvedas cruzadas que lo sostienen es sin duda obra de Fontgibell. Porque la imaginación de este catalán pasado al Cerrito desde Montevideo, tomó altura justamente en este Mirador de Oribe, torre de tres pisos con baranda de hierro octogonal como los minaretes de El Cairo y rematado por azulejos como las torres mudéjares de Andalucía. Todavía a mucho más de cien años se destaca brillante sobre el barrio de La Unión.

La primera construcción de un solo piso, con el mirador

El mirador en imagen actual con el Hospital totalmente edificado.

Detalle del Mirador de Oribe.

Desde el Buceo era visible esta mole del Colegio o del Juzgado como vino a llamársele. Dominaba hasta Montevideo, cambiaba señales con el Mirador de Santiago Vázquez en su esquina de Rincón e Ituzaingó.

Posteriormente, en el 1864, le surgió una imitación, que al fin es un sincero elogio, porque se le copió con sus dimensiones en la actual Casa de Rivera, situada en Rincón y Misiones.

La casa de Fructuoso Rivera, en Rincón y Misiones, Montevideo, con su mirador.

Asienta esta torre en el cruce de dos bóvedas; en uno de los pisos hubo un abandonado depósito de libros, de cuando hubo biblioteca en el Asilo, en otro un depósito de agua para el block operatorio. En la sólida base sesionaba el Ateneo del Instituto de Cirugía para Graduados.

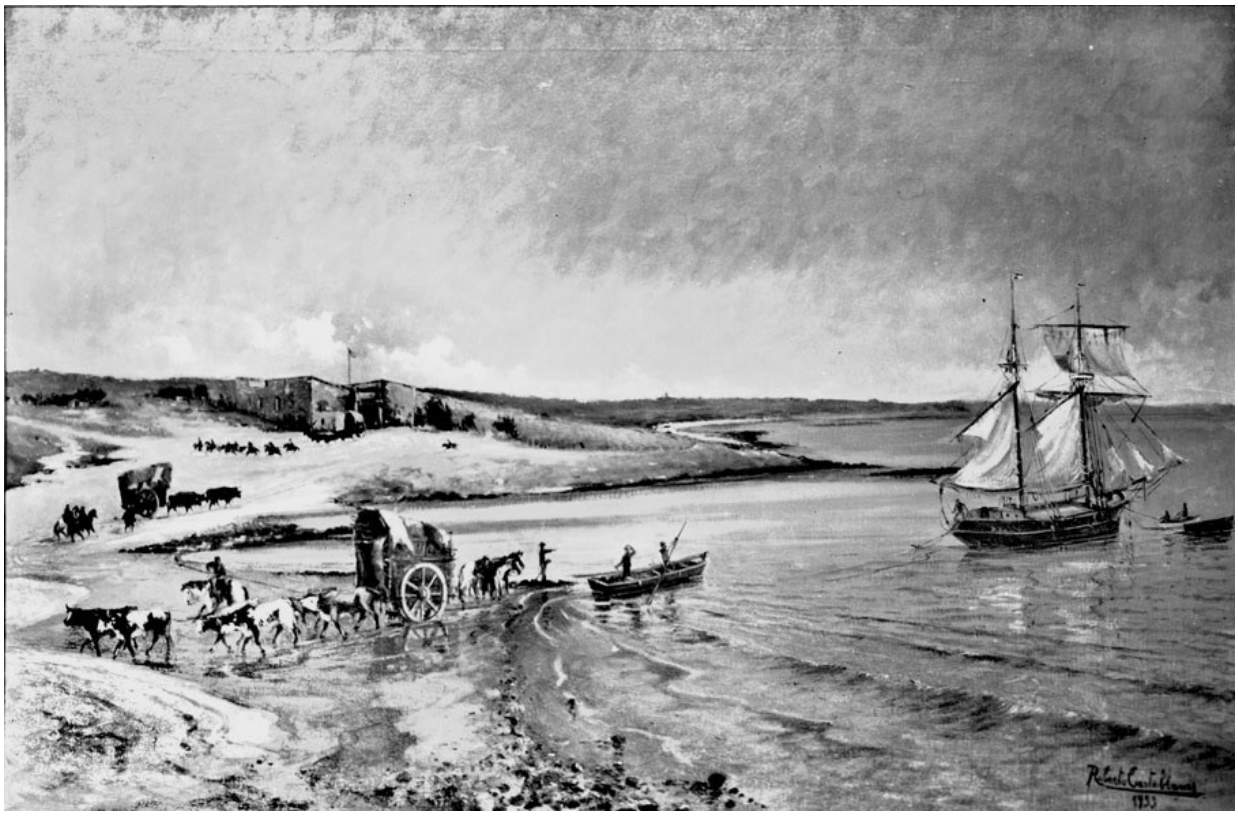
La obra inicial de un solo piso, fue terminada en dos años, así que en marzo de 1850, cuando se instaló la Academia de Jurisprudencia, ya se levantaba orgullosa la Torre.

A esta Academia trasladada a Montevideo siguió el Juzgado del Crimen que como complemento tenía la Cárcel, que entre otros retuvo a Cabrera, el asesino de Florencio Varela.

Se entraba al Juzgado por la puerta de zaguán que daba al salón de la izquierda, donde después vino la dirección y las Salas 1 y 3 del Hospital.

Era una construcción ambiciosa que exigía capitales y era poco lo brindado en ladrillos por los hornos de Pijuan, las canteras de Basáñez y de Hermenegildo Fuentes, así que se contrató un préstamo con los Sres. Netto y Cunha, comerciantes de la plaza del Buceo y Salto Oriental, para pagarles cuando se restaurara a Oribe en la Presidencia.

Al acercarse julio de 1851, los prestamistas reclamaron los 147.000 pesos fuertes que se les debía, por lo que don Manuel Oribe, ya en dificultades de pagarles acordó entregarles el edificio: …"de la calle del Colegio No. 29 – y sigue la descripción minuciosa- "la casa de azotea de dos cuerpos con 56 piezas, dos zaguanes, dos letrinas, dos grandes aljibes, seis piezas secretas y un mirador de tres pisos…" El edificio en parte inconcluso y abandonado era ya una referencia para los inmigrantes que llegaban al Buceo.



La Aduana de Oribe, en el Puerto del Buceo.

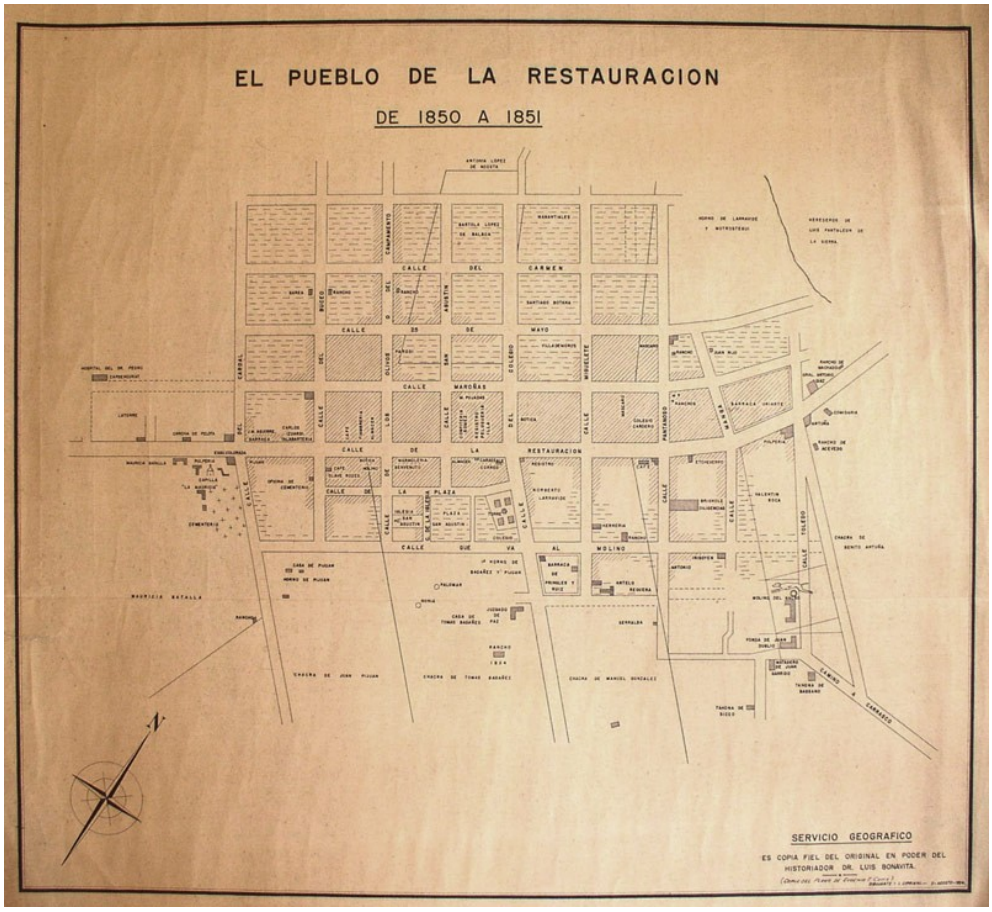
IV

"El Cerrito" y "La Restauración"

La Administración del Cerrito fue constructiva, si bien en lo político no logró unidad, dejó obras perdurables que se levantaron por la Fe del General que llevaba las riendas de todo.

Junto con el Colegio quedó la Iglesia, la Plaza de Toros, el aljibe gigante (el subterráneo de Oribe) para abastecer los Baños Públicos que nunca se realizaron, la Capilla del Paso del Molino, la Casa de Gobierno del Cerrito en la manzana de actual San Martín, Burgues y Chimborazo. Este edificio poco conocido y aún de pie, era conocido por el vecindario como el Piquete. En él recibió Oribe las misiones extranjeras cuando el Plata era el polo político del mundo; allí alojó al príncipe Walewsky, hijo de Napoleón, allí trató con la misión More-Gros. Fue imprenta del "Oriental en Campaña", allí funcionaba la Secretaría y el Ministerio del Interior y desde allí, Iturriaga, el Secretario Letrado del Presidente dejó sus crónicas.

En su Administración logró Oribe el concurso del general porteño José María Reyes, quien trazó el plan regulador del caserío, alineó las calles, abriéndolas a través de los cercos, les dio la primera nomenclatura, la mayoría de Santos como era costumbre pero también respetó algunos nombres tradicionales. De esta época es el plano que acompaña este trabajo.



Plaza de la Restauración, vista aérea

La Plaza con su fuente

Dr. Luis Bonavita, uno de los mayores historiadores de La Unión.

Quedó la Calle Del Cardal, actual Comercio, del Campamento a la actual Serrato que prolongaba el Camino de los Olivos que llevaba a la residencia temporal del General en las fortificaciones de la falda del Cerrito que el

vecindario las conoció como "El Molino de Oribe" hasta 1922, en la manzana irregular del actual Francisco Plá y Joaquín Artigas.

De las calles que rodeaban el edificio, se nombraba Del Colegio a la actual Larravide, que cortaba en los portones de entrada de lo que fue Quinta de Basáñez. De la Plaza, era la actual Asilo y sin nombre o simplemente La Calle o Camino que va al Molino, la actual Cabrera, que antes se llamó Figueroa y que llevaba al Molino de Prat o del Galgo.

San Agustín es Cipriano Miró que también se llamó Agricultura.

Casi todas estas manzanas están pobladas por azoteas con grandes fondos con naranjos, jazmines, madreselvas, retamas y poseían frescos aljibes con azulejos franceses o catalanes, también un lujo en los zaguanes, todo propio de la vida en aquellos tiempos.

La Calle de La restauración vino a llamarse del General Artigas, primera avenida con este nombre en el nomenclátor. Es un mérito a rescatar para Oribe.

Pero este prolijo orden se derrumbó al invadir Urquiza. Hubo abandono de los edificios como el del Colegio, que a pesar de los malos tiempos llegó a ser inaugurado por Oribe el 18 de Julio de 1851 confiándolo a la dirección del maestro don Cayetano Ribas.

Muchas oficinas se desmantelaron, así se explica que cuando le reclamaron a Oribe los planos de la Restauración, respondiera que no los tenía, brindando en cambio los del Colegio.

La Academia de Jurisprudencia pasó a Montevideo, donde ya funcionaba su homónima. El Juzgado lo trasladó el Juez Basáñez, el hijo de don Tomás, doctorado en la Argentina, a su casa. El Juzgado del Crimen pasó al caserón anexo a lo de Basáñez. Se cortaron las pensiones de 50 pesos a los estudiantes Javier García de Zúñiga y de Gualberto Méndez que cursaban estudios [de Medicina] en Europa.

El edificio valioso pero impago, vino de ser Comisaría, no la del Cerrito que cesó en sus funciones si no la que rigió el comandante Francisco García que al volver después de Caseros vino Comisario de la Unión ya puesto por el Gobierno de Montevideo.

Al retirarse el Ejército Argentino se fueron también las familias de los jefes y oficiales; las familias montevideanas volvieron a sus residencias en la

ciudad, abandonando las quintas y viviendas provisorias en La Restauración, El Cerrito, El Paso del Molino, y el Buceo. Coincidió la Paz de Octubre con una intensa sequía, a la que siguió una invasión de langostas que arrasó con todo lo plantado.

Decayó el Buceo, pero mucho más decayó La Unión, que en malos momentos inauguraba su nuevo nombre, significando una concordia que duró poco.

Hubo quien luchó por la prosperidad de la novel población, como don Norberto Larravide que tenía intereses inmobiliarios en ella; para eso importó de Inglaterra, dos ómnibus, que pronto fueron tres, para cumplir "la carrera" como se decía entonces entre Plaza Independencia y la Plaza de las Carretas. El pasaje costaba "dos cobres" pero los coches fueron derrotados por el mal pavimento. No llegaron a competir con el tranvía de caballos.

La decadencia se acentuó, se fundió y luego se murió Larravide. También se fundió Basáñez y los prestamistas Netto y Cunha se presentaron exigiendo la entrega del edificio que les fuera atribuido y que no podían usar. Pedían el desalojo de las dependencias policiales o el pago de los demorados 147 mil pesos fuertes que se les adeudaba.

De la esfera Judicial donde se planteó el asunto, pasó por indicación del Fiscal al Poder Legislativo y de allí se decidió retribuir a los demandantes con 110 mil pesos, lo mismo que inicialmente habían pactado con Oribe.

Recibió este dinero Don Pantaleón Pérez, en representación de los comerciantes fallidos y fallecidos. El expediente, porque estos reclamos dejan una montaña de papeles, quedó en el Archivo de Gobierno y desde esta fecha 9 de Setiembre de 1852, el vasto y triste edificio de la calle Del Colegio No. 29, entre las de la Plaza y el Camino que va al Molino pasó a patrimonio del Estado.

V

El Colegio Nacional o "Universidad Menor"

Pero aún no han nacido ni el Asilo ni el Hospital, en nuestro relato. Allí se ubicó el Colegio Nacional, dependencia de la Universidad Mayor. Se realizaba tardíamente y por otras manos el sueño de Oribe. Esta Universidad Menor recibiría "pupilos" o alumnos internos.

La Dirección fue confiada a don Juan Manuel Bonifaz, un español corpulento, solterón, de larga melena y poeta muy especial que había dirigido el Colegio Oriental en la calle Cámaras (Juan Carlos Gómez), edificio aún existente.

Esta Universidad Menor llegó a albergar 47 internos, de los que 25 eran estudiantes pobres, becados del Interior. Ellos disfrutaban aquel edificio que elogió Iturriaga cuando lo inauguró Oribe el año anterior:

"…locales amplios – decía – donde los seminaristas tendrán aire puro y abundante alimentación sana…" Se hablaba de esta Universidad Menor como de un Seminario Religioso.

Pero la institución no marchó. Alejada del Centro para aliviar a la Universidad, los profesores rehusaban trasladarse hasta un barrio remoto y miserable, a un establecimiento de categoría notoriamente menor, porque a esta Universidad se le había añadido una Escuela Pública y seguían en el mismo local, del lado de la Plaza funcionando la Comisaría y la Cárcel. Además el pasaje en carruaje de la Plaza a La Unión valía medio patacón, unos 40 centésimos.

Por otra parte Bonifaz usaba medios originales de enseñanza; usaba su Gramática Castellana en verso, para vencer con la cadencia de la rima la aridez de las Reglas; llegando a aquello de: …"las calaveras y canillas humanas que el Director tenía en su aposento de la Dirección para aterrorizar a los educandos!!!" como decía un diario de la época.

En la Universidad Mayor en cambio enseñaban figuras como la de Amadeo Jacques y Pedro Lenoble. La diferencia era mucha. Así que cuando los estudiantes pretendieron ingresar a lo que sería hoy Preparatorios, tropezaron con la mala opinión del Miembro Examinador, el Dr. Carlos de Castro… "mejor haría la Universidad Menor en abandonar la enseñanza literaria para dedicarse a las primeras letras"… Es como ya dije Bonifaz tenía muy especiales métodos de enseñanza.

Después del Comandante García, vino a La Unión – y es imprescindible hablar de la localidad, porque el edificio marcha con el barrio, el Comisario Martínez, que vivía más al Manga, vecino de los Hermanos Fernández, los del Cristo del Cordón, y que se había distinguido persiguiendo matreros en el Bañado de Carrasco. Con Martínez pasaba horas en el local de la Comisaría, su sobrino, un chico al que le gustaban los uniformes: se llamaba Máximo Santos…

La sombra del Mirador se proyectaba sobre la chatura ciudadana, alcanzaba a la quinta de Basáñez, sobre la actual calle Piaggio Blanco, llegaba hasta el pozo de noria, que tuvo después su molino y que daba agua fresca a lo que quedaba del Horno de Pijuán.

Más allá, hacia Comercio, estaba el vergel de la quinta de don Hermenegildo Fuentes, que salía por el Camino del Cardal (Comercio) y aún se levanta en el corazón de una manzana edificada. Allí vivió un tiempo el Dr. Gualberto Méndez, cuñado del dueño de casa por las Pereyra que huía del Cólera. Pero estos ya son otros campos y otros tiempos.

Gualberto Méndez Bedoya (1825-1883)

VI

La Unión y el Asilo

El 22 de Noviembre de 1858, el Poder Legislativo dicta una ley que cambia el destino de la decadente Universidad Menor.

"Con el fin social de extirpar la mendicidad callejera y hacer efectivas las aspiraciones de la Comisión de Señoras de Beneficencia Pública y de la Junta Económico Administrativa" – decía la flamante Ley - "se comunica a quien corresponda, que debe entregarse la parte norte del Edificio del colegio ocupada por dependencias policiales y una Cárcel".

La exigencia de un Asilo vino por la miseria que siguió a la epidemia del 1857, que empezó como "trancazo" y terminó como Fiebre Amarilla.

Ya en Julio de 1860 se dictó una prolija Reglamentación, por la que además de poner el nuevo Asilo bajo la protección de San Francisco de Asís, se exigían dormitorios separados por sexos, por matrimonios y por menores y púberes. Es decir que lo del Asilo se planteaba con amplitud.

Preveía una Enfermería que sería visitada diariamente por un médico que debía residir en la localidad para cualquier eventualidad, porque los enfermos graves debían pasar al Hospital de Caridad. En cambio el Capellán sería interno y debía residir en el Establecimiento.

Termina la Reglamentación exigiendo una Tarjeta Especial para visitarlo. La firman Giró y el Gral. Antonio Díaz, que casualmente vivía muy cerca por la calle Pan de Azúcar.

Recién el 19 de Agosto de 1860 se inauguró oficialmente el Asilo que venía precariamente ocupado por unos pocos menesterosos. Tenía aún un solo piso.

"Fue un domingo luminoso – dice *El Pueblo* del lunes 20 de Agosto de 1860, al extender la Crónica del evento - … desde temprano se llenó la Plaza con los jóvenes de la localidad. A las 11, llegaron los carruajes del Centro y desde la Plaza fueron pasando a la Iglesia – la primitiva – que estaba muy alhajada".

Bernardo Prudencio Berro y Larrañaga (1803-1868) era el Presidente Constitucional en 1860.

"En el Templo, totalmente alfombrado continúa el articulista: tomaron asiento don Bernardo Berro al centro, alrededor de él los Ministros, notándose ausente el Dr. Eduardo Acevedo, precisamente hijo de la villa de La Unión".

"El Cura Conde ofició el Te Deum y el Dr. Magested consagró la Ostia. Toda la Misa fue con orquesta".

"La ceremonia religiosa terminó a las 2 de la tarde, retirándose el Gobierno entre aplausos, cohetes y acordes de la Banda Militar".

"La Policía Urbana acordonó la comitiva hasta que ésta entró al nuevo Asilo, donde el cura de la Matriz, Dr. Brid entronizó la imagen de San Francisco y consagró la Capilla".

"Se pasó a visitar el Asilo: a la izquierda los hombres, los matrimonios al centro y las mujeres a la derecha, todo señalado con prolijas plantas de madera pintadas de blanco, desde los Dormitorios, hasta la Cocina pasando por el Economato, Botica y Secretaría".

"Una placa de mármol sobre la calle Del Colegio señala el nuevo destino del edificio".

De esta fecha es el medallón esculpido en la esquina de Asilo y Larravide. Da al fondo de la Capilla.

Vista del Patio Central del Asilo.

Frente del Asilo de Mendigos "Dr. Luis Piñeyro del Campo" sobre la calle Larravide.

"Se sirvió un refrigerio a la concurrencia – sigue la crónica – y un almuerzo a los 20 asilados. El propio Presidente con un gesto de humildad les partió el pan. Sus Ministros lo imitaron. Las damas sirvieron a los menesterosos".

"Usó de la palabra el Sr. Lerena, destacando que se cumplía el deseo del Rey de Portugal que, en 1818 había apoyado la iniciativa de Larrañaga. También hablaron el Sr. Juan Manuel Bonifaz de levita blanca cruzada y sombrero blanco y el poeta Acuña de Figueroa ya muy viejito que "con varita y antiparras" hizo decir por la cristalina voz de un niño esta cuarteta:

Helo aquí inaugurado el Esplendente

Asilo de Mendigos, grata escena

Que honra en nuestra Patria al Presidente

a la Junta Económica y a Lerena.

Gloria a Berro, señores, Sol de Oriente,

que difunde por doquier su luz serena,

una Salva a este hombre y otra salva

a Acevedo con Lamas y Villalba!!!

Francisco Acuña de Figueroa (1791-1862)

Fue esta, de las últimas obras poéticas conocidas del vate festivo, porque siguió ligado al Asilo, tanto que dos años después, cumplida otra ceremonia, el viejito viajó hasta la calle Reconquista donde murió en "la casa donde le planchaban los cuellos".

Se labró un Acta donde firmaron don Bernardo Berro, don Luis Lerena, doña Praxedes de Berro, don Bonfiglio Guerra y el agrimensor don Melitón González.

Y entró a aplicarse el Reglamento ya promulgado el mes anterior cuando se habilitó precariamente el local.

La mayoría de los asilados eran libertos de la época del Presidente Suárez, que habían envejecido en las familias donde se criaron y al morir sus patrones y disolverse las casas quedaron solos y careciendo de hogar propio venían al Asilo.

El Reglamento regulaba las condiciones de admisión, residencia, aseos, trabajos y castigos. Se castigaba a los que huían para volver a mendigar, restituyéndolos al Asilo y privándoles de tabaco y vino, porque los domingos se

servía vino navarro en el almuerzo de los asilados. También se estipulaba que los entierros serían en el Carro de los Pobres, flanqueado por cuatro asilados a pie, etc. Pronto en los años siguientes hubo mucho trabajo.

VII

Primeros Médicos y Religiosas del Asilo

El primer médico del Establecimiento fue el Dr. Francisco Antonio Taborda, uno de los primeros Profesores de Cirugía admitidos en el Uruguay según la enumeración de Vilardebó.

El Dr. Taborda era portugués que junto con el Dr. Antonio Gómez, padre de Juan Carlos Gómez, estaba entre los diez Cirujanos que vinieron acompañando a Lecor en 1821.

En Montevideo sufrió Taborda la fiebre casamentera que inició el Barón de La Laguna y casó con Telésfora Pinazzo, hija del guardián del Puerto y en casa de su suegro, en la calle San José, hoy Guaraní a la vuelta del Hospital de Caridad, pasó a residir.

Dentro de Montevideo y asistiendo a la Caridad lo sorprendió la Guerra Grande. Como Cirujano se ocupó de organizar los Hospitales de Sangre y actuó dentro de muros.

Al terminar la Guerra lo alcanzó la pobreza general cargado de hijos; tuvo 15 y por una amistad común ganó la confianza de Oribe que lo llamó para atender a su esposa doña Agustina ya residente en el Paso del Molino, mientras el General embarcaba a Buenos Aires acompañando a su amante María Ladrón de Guevara.

Luego de la vinculación de Taborda con los Berro le valió el nombramiento de Médico del nuevo Asilo, pero a condición de residir en La Unión, como lo pedía el Reglamento. Provisoriamente se le asignó una libra mensual para viático, en realidad para mantener el caballo, hasta que al año vino a residir en La Villa, en la calle 18 de Julio frente a la botica de Guillemette.

No era próspera la situación de los médicos, ni de la población en la antigua Restauración, porque cuando por este tiempo falleció el Dr. Francisco

García de Salazar, otro de los portugueses, su viuda se vio obligada a repartir sus hijos entre familias conocidas porque no podía alimentarlos.

Al venir Taborda a La Unión dispuso de las raciones de carne, pan, leche y leña de los empleados del asilo, por lo que pudo decir "Ahora no come más el caballo, pero como yo".

Era un hombre generoso y ocurrente. No pudo prescindir de su locomoción, muy usada además por los médicos rurales, pero una caída del tordillo lo mató, en el cruce del Camino del Cardal con el Camino de la Aldea; fue en 1866.

Lo reemplazó el Licenciado Lizazo, médico español que vivió en Figueroa casi Comercio, hasta entrado Junio de 1912. Era un hombre original, que escribía sus indicaciones en el dorso de las puertas. Así lo vio el doctor Bonavita en 1926. En sus últimos años se hacía traer en un carruaje, ya que nunca tuvo locomoción. Entonces indicaba sin bajarse las indicaciones al enfermo. En su casa aún en pie, donde quedaron sus dos hijas solteras, hubo Escuela Pública hasta hace pocos años.

Pero volviendo al Asilo, la Comisión Fundadora primitiva, tenía problemas de dinero. Estas dificultades se quisieron nivelar, porque los mil pesos, votados oportunamente para la Fundación, no alcanzaron; se quisieron nivelar – decía- con el producto de dos loterías que bancaba el Dr. Domingo Ordoñana, con funciones de aficionados, y con lo recaudado por los "colectores", que se beneficiaban con el 8% de lo obtenido en el vecindario.

Con todo esto al año se había logrado establecer y amueblar el Asilo y al cesar la Comisión, ésta pasó la difícil administración a otra, a la de vigilancia, elegida entre los vecinos de La Unión.

En ella estaban: don Tomás Fernández, que la presidía, don Hermenegildo Fuentes, terrateniente vecino de Basáñez, cuyas quintas comunicaban entre sí. Era Fuentes suegro del doctor Adolfo Basáñez, emparentado con los Pereyra, cuya residencia en la calle Artes, hoy Gobernador de Viana, aún se puede reconocer.

Don Juan Pijuán dueño de los hornos de ladrillos que dieron para casi toda La Unión, don Mateo Queirolo, tendero y mercachifle de la esquina de San Agustín y 18 de Julio donde luego vino el Restaurant Veneciano de Rizzardini, antecesor de La Liguria. Seguían don José Arboleya, don Clemente Linares, don

Jacobo Ribas, don Juan Bové, y el Dr. Pedro Capdehourat que resultaba doblemente vinculado porque ya era médico de la Comisaría y la Cárcel.

Esta Comisión de propietarios y comerciantes se turnaban de a 4 para "semaneros", que un día por semana debían pasar en el Asilo, para recibir así en la Oficina "los partes" del Ecónomo y llevar las novedades a la Comisión.

Hasta que en 1867 el Gobierno de Flores gestionó la llegada de las 20 primeras Hermanas Vicentinas desde Francia. Eran vascas las religiosas, cambiaron los Santos de la Capilla y la Hermana Gabriela vino a ser la Directora del Asilo.

Desde entonces empezó el establecimiento de un solo piso a perder lo de "depósito", para humanizarse, porque alrededor de su Enfermería y especialmente de su Botica al pie del Mirador, dirigidas ahora por la Hna. Genoveva se desarrollaba una auténtica labor filantrópica y asistencial. Empezaba a parecerse a un Hospital.

VIII

El Cólera, La Fiebre Amarilla

y la 2ª. etapa edilicia del Asilo

Pero vino la primera epidemia del Cólera, la del 1868 que sacrificó a más de 300 habitantes en La Unión y entre los asilados, empezó la epidemia por Albano, uno de los cocineros y siguió por una de las lavanderas y luego arrasó con 40 asilados, hombres y mujeres.

No fue mejor en otros lados porque en el primitivo Asilo de Expósitos en lo de la Sra. Zabala de Vidal en el Cordón, la barrida obligó a llevar los niños menesterosos a otro lugar y en otras condiciones.

La propagación del Cólera era fácil en el rudimentario hospicio que se abastecía de sus aljibes, todo un orgullo, porque nunca secaban y cuando mermaban se recurría al pozo de noria del Horno de Pijuán.

Lamentablemente las evacuaciones se hacían a la quinta de Basáñez, hasta un pozo a cielo abierto a la altura de la actual calle Timoteo Aparicio; allí decantaba y salía un arroyuelo a lo largo del cerco de pitas de la quinta de Pisani, que luego fue de Rossi, para verterse en el arroyito de Las Canteras de los Presos. Naturalmente que contaminaba las verduras de la vecindad.

Esta situación insalubre, duró hasta entrado el siglo XX, porque el saneamiento llegó a La Unión tardíamente en el año 1910. Debió ser tremenda la angustia en este año 1868 con la peste y la sacudida de los asesinatos de Flores y de Berro.

Por entonces el edificio seguía chato con un solo piso. Con sus 4 patios y un extenso terreno sobre la Plaza y la Calle que va al Molino, rodeado por verjas y jardines que alegraban sin duda y restaban el aire tétrico que siempre envuelve a los hospicios.

Las calles vecinas eran embarradas y solitarias, porque el pavimento iniciado por Flores no pasaba de una cuadra a ambos lados de 18 de Julio como se llamaba a 8 de Octubre.

Una mejora beneficiaba a la población: el tranvía de caballo, el de La Unión y Maroñas, que corría por 25 de Mayo, como se llamaba a Joanicó y alcanzaba la calle principal recién en el Bajo de Polanco, hoy Enrique Clay. La entrevía estaba pavimentada, pero el pavimento de piedra a cuña venía desde Comercio hasta Pan de Azúcar. El tranvía de caballos se mantuvo en La Unión hasta 1909.

El tranvía traccionado por caballos

Las vicisitudes revolucionarias llegaron naturalmente al Asilo cuando en 1870 Timoteo Aparicio ocupó el edificio por su Mirador. Al acercarse el Presidente Lorenzo Batlle hasta La Figurita, hoy 8 de Octubre y Garibaldi, el Mirador resultaba un admirable blanco para la Artillería de Máximo Tajes. Pero se salvó porque un oficial de Artillería, hombre de color, liberto, que ingresó al Ejército como soldado e hizo la Guerra del Paraguay se encaró al Presidente: "El Colegio – como se seguía llamándolo – es propiedad del Estado y yo no bombardeo las propiedades del Estado". Se llamó este criollo Feliciano González y había aprendido a leer en el Cuartel. Así se salvó el Mirador.

Pero el Asilo venía quedando chico después de la segunda epidemia de Fiebre Amarilla de 1875. Llegó a albergar 750 personas cuando recibió los apestados y variolosos de los lazaretos del Cerrito y de la calle Larrañaga. Así lo reconoció el Gobernador Provisorio don Lorenzo Latorre, interiorizado del problema de su suegro el agrimensor Melitón González integrante de la Comisión de Beneficencia.

Autorizó el Coronel la construcción de un pozo al frente y le confió la obra al maestro de obras italiano don Ángel Rumi. Se empezó a edificar en 1876 y se terminó en 1878.

Don Ángel Rumi era geómetra en su país, conocía y había edificado palacios, pero como todos en ese tiempo, nada sabía de construcciones hospitalarias.

Por eso comunicó al Asilo la belleza ornamental que ostentó por decenios.

A la entrada hizo Rumi tres puertas a medio punto bajo un porche a 8 columnas a capital dórico, que sostenían un balcón saliente a balaustres de mármol que se interrumpía para seguir más allá con otro abarcando dos ventanas. Esto se repetía: un balcón hasta Asilo y dos hasta el borde del edificio hacia Figueroa; éstos llevaban o de balaustres de barro cocido que aún perduran.

En la planta baja se conservaron las verjas de las ventanas a hierro redondo de cuando fue Colegio y Cárcel. En la planta alta ventanas de dos hojas adinteladas con un pequeño guardapolvo recto. Una cornisa corría todo a lo largo del frente y se interrumpía en las tres ventanas centrales también de medio punto flanqueadas por otras columnas más sencillas.

En lo alto del pretil corrido y ciego se levantaba un frontón curvo con algo barroco y en su tímpano se leía: "Asilo de Mendigos, Crónicos e Inválidos".

Respetó Rumi el zaguán de la izquierda que daba a la Dirección y que hoy correspondería a la sala 1. Construyó la escalera de mármol y mejoró la Capilla.

Por último lo remató con un asta de cofas marinas, lo que se justificaba, porque el arquitecto era genovés y no podía olvidar el mar.

Desapareció la placa de mármol de la Fundación en el 1860 y el Asilo vino a ser el No. 77 de la calle Larravide, como ya empezaba a llamarla la gente.

El pavimento terminaba en Figueroa (hoy Cabrera), 15 plantas de paraíso sombreaban la vereda, más abajo zanjones y barriales. Hay una lámina de este tiempo que acompaña este trabajo. Eran pintorescos los alrededores en esos tiempos.

Pronto vino el Asilo a ser actor pasivo de notoriedad, desde que en setiembre de 1886 el vapor Nord-América desembarcó en la Isla de Flores a una joven que falleció casi enseguida. Autopsiada el médico diagnosticó Cólera. De vuelta de Buenos Aires, en el mismo vapor embarcó el Presidente Santos con su comitiva y …aquí no ha pasado nada!!!

Pero en octubre del 1886 vino a La Unión el Sr. Castillo, voluntario de la Revolución del Quebracho que pasó a residir algo más afuera, en Maroñas. Hombre de campo dispersó sus deyecciones, sin duda coléricas en los baldíos cercanos a su rústico rancho.

Pronto uno de los aljibes, el de arriba, contagió esta población tan receptiva del Asilo. Así empezó el Cólera el 5 de diciembre por los asilados Manuel Martínez y Gualberto Mostello que murieron el mismo día.

Enseguida cayeron coléricos 30 hombres y 23 mujeres, el contagio alcanzó a la Sala de Niños en esta segunda invasión del Cólera. Cayeron enfermas 4 religiosas y el Dr. León Capdehourat que era uno de los médicos del Establecimiento.

Las 38 víctimas fueron ancianos, salvándose el personal y el Dr. León Capdehourat asistidos por los doctores Jacinto de León y Bombardella con los practicantes Teodorico Nicola, apellido que quedó muy vinculado al Asilo y Alfredo Vidal y Fuentes.

Alfredo Vidal y Fuentes (1863-1926)

El profesor Arechavaleta aisló y cultivó el Vibrión colérico primero en el aljibe de la planta alta y luego en el del piso alto, que aún está.

Esta epidemia empezada en el Asilo el 5 de diciembre terminó a mediados de Enero de 1887. Fue La Unión lugar de dispersión de la plaga porque rodeada de hornos de ladrillos, tambos, molinos y trigales todos ellos eran regados por cachimbas abiertas, tajamares, pozos de noria y en la zona urbana surtida por Aljibes, de a uno o dos por casa cuya agua clara y de inocente aspecto era un regalo en aquel tórrido verano del 86-87.

Era esta zona de La Unión y Maroñas residencia y solaz de las familias que no tenían su quinta de recreo en el Paso del Molino adonde recogerse en el verano. Se desconocían y despreciaban las playas.

Dos líneas tranviarias de tracción a sangre vinculaban La Unión con el Centro, desaparecidos ya los ómnibus de Larravide; una de La Unión y Maroñas corría por la actual Joanicó desde la actual Pernas, entonces Montevideo, hasta la Curva de Maroñas. Otra línea subía desde El Buceo por Comercio hasta Cipriano Miró y terminaba justamente en 8 de Octubre. Además, el Ferrocarril Uruguayo del Este, iba por la actual calle Avellaneda y traía la gente y carga hasta la Estación Cordón en Minas y La Paz.

Los domingos eran de reuniones en la Plaza de Toros, como lo serían hoy en el Estadio; allí se reunían 2 o 3 mil personas que pasaban parte del día en La Unión o en las quintas rústicas de Maroñas y Camino Carrasco y a la noche volvían a la ciudad.

Así que muy pronto se presentó el Cólera en el cuartel del 5º de Cazadores, el famoso Cuartel de Bastarrica, en Agraciada y La Paz, llevado por el cabo Agustín Viera, que la víspera había estado justamente en La Unión.

El Dr. Fernández Espiro, justamente otro unionense, que era el "cirujano" hizo trasladar urgente el enfermo a la "Casa de Aislamiento" que el Dr. Brian, Director de Salubridad había inaugurado el 8 de diciembre en el edificio de "la loma que cae al puerto del Buceo"… después de desalojar las casas de los alrededores y establecer un doble cordón sanitario de tropa de línea y de la policía de extramuros.

Pero se presentó otro caso en el Cuartel, para enseguida infectar el Manicomio favorecido el Cólera por la calidad y condiciones de alojamiento de los asilados; en el Manicomio hubieron 111 atacados de Cólera con 54 fallecidos.

La epidemia irradiaba desde La Unión y Maroñas donde el Vibrión colérico pululaba en los pozos de todos los hornos y quintas. En el 3º de Cazadores en Avda. Agraciada y Aguilar llegaron a 60 casos lo que motivó una verdadera huída de la unidad militar que marchó al Campo de Ejercicios de Punta Carreta y como allí lo siguió la epidemia, se metió en el edificio inconcluso de la Escuela de Artes y Oficios en el camino de la Estanzuela. El temor al contagio hizo abandonar su trabajo a los obreros de esta construcción y a los ladrilleros. Los propios Enfermeros de la reciente Casa de Aislamiento huyeron al presentarse el primer lote de coléricos y fueron reemplazados con

enorme sacrificio con cuatro Hermanas Vicentinas, una de las cuales cayó enferma, pero superó la infección.

En cambio una de las sirvientes de la Casa bebió agua del aljibe proscripto que por lo fresca, se le antojó inofensiva y murió a la tarde.

Las medidas eran más preventivas que curativas. Se aconsejaba hervir el agua, aún la corriente, que por otra parte se había puesto barrosa al invadir las algas del Río Santa Lucía los filtros, lo que contribuía al pánico.

Acidular con ácido clorhídrico o jugo de limón el agua de bebida, costumbre que aún persiste y en el momento álgido de la infección las envolturas húmedas, de la famosa Hidropatía, a la que agradecía su resurrección el caudillo de Mercedes, Máximo Gómez, que vio junto a él, morir de cólera a su esposa.

Pero siguió creciendo la población miserable por lo que antes de 20 años volvió a quedar estrecho el Asilo. Fue entonces cuando el maestro de obras don Luis Foglia que venía de construir el edificio del Asilo Dámaso Larrañaga donde lo dirigió el francés Víctor Rabú, amplió nuestro nosocomio con dos alas laterales, una sobre Figueroa (Cabrera actual) y otra sobre la Calle de la Plaza (Asilo). Dirigió aquí a Foglia el ingeniero español Llambías de Olivar: las cocinas vinieron a la esquina de Cabrera y La Plaza.

Demolió Foglia la Cárcel (donde estaban las Policlínicas de Piel). Tecnificó la construcción usando de los ladrillos actuales y descartando aquellos de 30 o 40 centímetros, recogió gruesas verjas sin dibujo que fueron subastadas tres años después. Fue en 1895.

Siguieron las ampliaciones y en 1902, el ingeniero Adolfo Shaw construyó el Pabellón de Mujeres sobre La Plaza y la calle Asilo, de donde vino a resultar de tres plantas por los ventajosos desniveles del terreno. Fue una construcción en un momento de gran exigencia por la guerra civil de 1904, cuando justamente se la terminó.

Esta última ampliación de Shaw fue de cierta elegancia para la época; encerraba ahora un patio con plantas al fondo, lo que restaba el aspecto triste que suelen tener los Asilos de Mendigos.

En este cuadrado verde que aún existe, se levantó una construcción con techo de pizarra a cuatro aguas, para velatorio y depósito de cadáveres sobre la vereda de la Plaza.

El Pabellón de Mujeres tuvo una claraboya central y la planta baja, donde hoy está la Farmacia y estuvo la Policlínica de Vías Urinarias se iluminaba con "patines" de grueso vidrio inglés. Todo un lujo.

El agua que servía al Asilo era de la Compañía de Aguas Corrientes, pero era precaria, por lo que se completaba con la que daba el pozo a molino que vino a reemplazar la noria, en la esquina de Cabrera y Larravide.

Se mencionan en este espacio libre dos cámaras sépticas, pero seguía drenando, por debajo de la calle Cabrera a la Quinta de Basáñez que arrendaba a la sucesión la Comisión de Beneficencia.

Al levantarse estas últimas ampliaciones, que dieron al edificio las dimensiones actuales, cambiaron las costumbres de los asilados, porque desaparecieron los galpones con los telares que Monsieur Parot, un francés pintoresco que había llegado desde Chile, había levantado sobre Cabrera para trabajar con los hombres, mientras las mujeres hilaban al sol en las galerías abiertas que daban a la Plaza.

Había cambiado la población y eran ahora inmigrantes españoles e italianos que llegaron a viejos sin fortuna, a quienes se les "negó la América".

IX

La Transformación del Asilo en Hospital

Ahora los viejitos con sus uniformes morados iban en fina a trabajar a la huerta, a la Panadería o disfrutaban de los fogones debajo de árboles centenarios. El "ombú de Basáñez", más o menos donde está la Dirección del Piñeyro del Campo, duró hasta 1921, cuando se taló al demolerse el viejo edificio de la Quinta, lleno de historia local.

Las viejitas, en cambio, no se exponían a la intemperie, porque iban al Obrador, en el edificio del Asilo Maternal No. 4, satélite del Asilo, donde trabajaban en el Lavadero, planchaban, cosían, bordaban, etc., siempre bajo la vigilancia de las Vicentinas, cuya enseñanza se extendía a las niñas de la vecindad.

Al estallar el movimiento armado de 1897, se nombró una Comisión de Señoras de la Villa de La Unión, para colaborar con la Sanidad. Poco quedó de

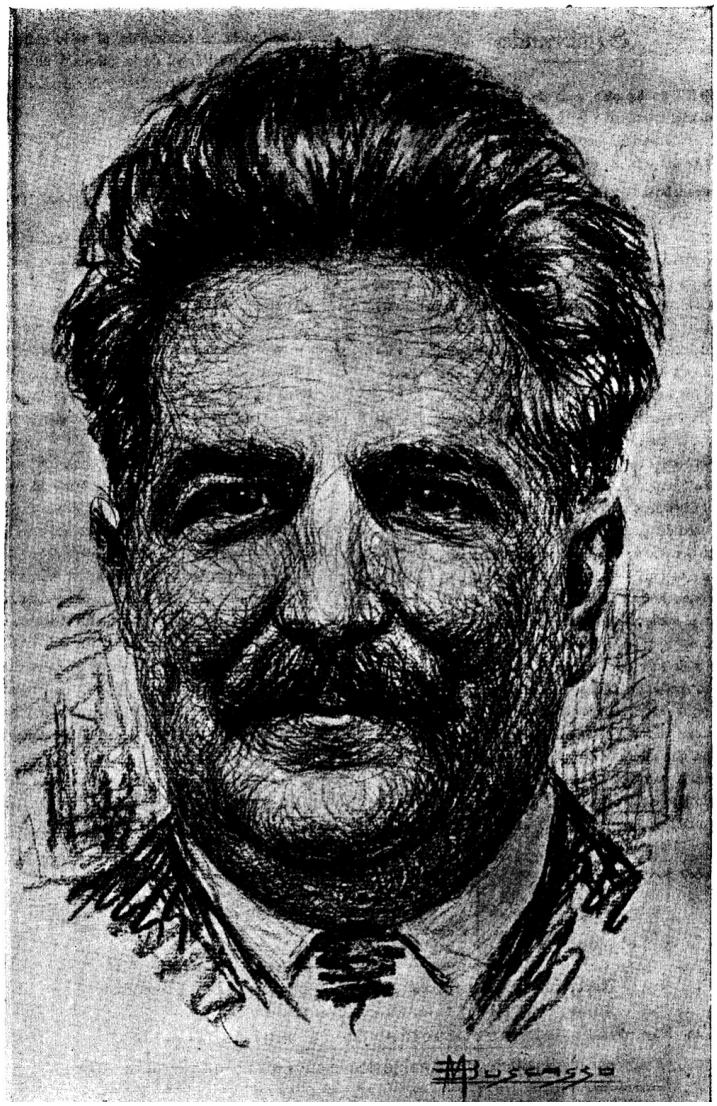
su actuación. En 1904, en cambio, la Botica del Asilo fue exigida para proveer al Hospital Militar inconcluso, mientras el Español estaba aún en andamios y el Pereira Rossell no existía.

La Hermana Genoveva fue la eficaz boticaria en estas emergencias, porque el Asilo extendía ya sus beneficios urgentes al pobrerío de la Unión, que en estos tiempos era un arrabal paupérrimo cercano al Cuartel de la Artillería Ligera que desde 1892 ocupaba la antigua Barraca de Elizalde.

Más afuera la Estación del Tranvía con sus dos pisos frente a la fonda de Paolo y más atrás la Plaza de Carretas de la Unión a la que rodeaba el sórdido caserío de la Fábrica de Harambure desde 1886.

La dirección Técnica del Asilo estaba a cargo del Dr. Juan Heguy, distinguido higienista que había representado al Uruguay cuando el Congreso de Higiene de Madrid en 1898. Lo secundaban practicantes que llegaron a médicos:

Atilio Narancio, Mario Osorio. El Capellán era el Padre De León, que vivía en el establecimiento, mientras la Hermana Magdalena con sus vicentinas de enormes papalinas almidonadas dirigían a los enfermeros y sirvientes para casi 500 asilados.



Atilio Narancio (1883-1952)

La parte Administrativa la desempeñaba don Saturnino López Lomba y el auxiliar era don Román Carlevaro. No había Servicio Médico interno, pero todos los días se presentaba el Dr. Heguy en su carruaje para pasar visita en la Enfermería.

La Terapéutica de aquellos tiempos incluía la Hidroterapia con los Servicios de Baños, útiles en los tifosos y en los enfermos mentales. Este Servicio funcionó abajo, donde estuvo la Cárcel y ahora las Policlínicas.

La iluminación en 1905 era ya eléctrica. La hubo a gas en el Asilo, la Iglesia y algunas cuadras de 18 de Julio (8 de Octubre). Había un farolero que recorría con un reverbero de bronce en lo alto de una pértiga, con esta abría la mariposa del aparato y enseguida aplicaba la llama. No llevaba escalera. Eran

elegantes estos faroles a gas luego modificados a mantilla y por último eléctricos a arco voltaico, con una bombilla a carbón de 25 bujías, con un grueso transformador en lo alto. Iluminaban la Avenida a cien metros de cada calle lateral sin entrar la corriente en los hogares hasta avanzado el siglo, pero disponían del adelanto la Iglesia y el Asilo.

Nunca tuvo calefacción central el Asilo, lo impedían los grandes corredores abiertos.

La Ley de Reorganización de la Asistencia Pública de 1910, rescató el Asilo de la Comisión de Beneficencia y le cambió el Director; lo fue el Dr. Francisco Nicola, hermano de Teodorico, que estuvo aquí cuando Practicante. Se desempeñó con distinción y pokr eso merece que me ocupe de él. La proyección de este apellido a través de su hijo el Dr. Francisco Nicola Reyes los hace modelo de generaciones.

El nuevo Director, el Dr. Francisco Nicola, padre, era montevideano, nacido en la calle Durazno 121 casi Convención actual; de allí viajaba diariamente hasta La Unión a "pasar revista sanitaria" en el Regimiento de Artillería que comandaba el discutido Valentín Martínez.

Era F. Nicola cuando Practicante de acentuadas ideas liberales, por eso al estallar el movimiento revolucionario argentino del 90, la Revolución del Parque, que se le llamó, se enroló en la Comisión Sanitaria que se formó en Montevideo; lo llevaba su espíritu aventurero y generoso.

Pero se le dio por desertor del Ejército Oriental y fue preso al regresar en 1891, lo que no le impidió recibirse el 7 de julio del mismo año.

No siguió como Médico Militar, sino que se instaló en Las Piedras y de allí, ya casado, se fue a San José dondeya ejercía su hermano Teodorico; las ciudades del interior valían tanto o más que Montevideo como plaza profesional.

Allí en San José donde residió 10 años, le nació su hijo Francisco, verdadero mártir de la Medicina nacional, ha poco fallecido (1976).

Volvió este espíritu inquieto a Las Piedras en 1906 y en 1910 al reorganizarse la Asistencia Pública vino a La Unión. Lo atraía el perfeccionamiento de su profesión; aquí enseñó Puericultura en la naciente Escuela de Nurses que funcionaba en El Obrador.

Trajo a La Unión el primer automóvil de médico, una máquina americana característica. Era un Overland abierto de espolón en punta y provisto de una bocina áspera de goma que terminaba a lo alto del radiador y simulando una serpiente verde. Pero no estaba La Unión, ni siquiera Montevideo en 1914, para lucirse en automóvil por los pavimentos de cuñas desiguales. El tránsito se hacía hábilmente poniendo el auto sobre la vía tranviaria y entocnes corría suavemente.

Los carruajes a llanta de hierro practicaban este encarrilamiento porque los animales trotaban fácilmente en la entrevía que estaba bien pavimentada, pero si el coche caía de esos rieles improvisados empezaba para el Dr. Nicola "la doble danza de las piedras", porque padecía de cálculos renales y las sacudidas en estas condiciones le desencadenaban un cólico.

Hombre estudioso, se dedicó a la naciente Pediatría y al morir en su casa de La Unión dejó originales de un libro: "El Recién Nacido" obra inédita prologada por Morquio. Había nacido en 1860 y falleció en marzo de 1917.

X

Montevideo y "el Pasteur"

Desde su Dirección el Dr. Francisco Nicola empezó la transformación del Asilo en Hospital de Agudos. Por otra parte indispensable por el aumento de la población adulta. Así que para asistir a los 450 asilados en 13 Salas trajo médicos entusiastas. Llegó para quedarse el Dr. Alberto Galeano, quien recibido en 1908 ya pertenecía al personal médico del Asilo. Tenía Galeano en esa éñoca una vastísima clientela en su consulta de San José 1097, todos los días de 15 a 18, a veces hasta las 22 horas. Aplicaba tratamiento antivenéreo por el Bismuto, el 606 y el 914. Se había formado junto a Soca. Fue Galeano el Director del Asilo desde el fallecimiento de Nicola.

El Dr. Pedro Urioste, recibido en 1907, viajó a Europa para desempeñarse a su regreso como Jefe de Clínica de Soca. También fue médico del Asilo desde 1911 y luego ya profesor tuvo aquí la Clínica Médica de la Faculatd.

El Dr. José María Delgado, el salteño, amigo de Horacio Quiroga y hábil en las letras, novelista autor de JOSÉ MARÍA, obra premiada, se ocupaba de la

especialidad de piel. Vivía cerca de la Unión, en los altos de la Farmacia Corominas en 8 de Octubre y Garibaldi.

José María, Poeta e Hincha del Nacional

José María Delgado (1884-1956)

El Asilo empezó a funcionar como atestado Hospital, porque a los crónicos, inválidos e incurables se agregaban menesterosos agudos llegados de una vasta zona de Montevideo y Canelones y aún de Minas.

Toda esta gente se aglomeraba en el ya ruinoso edificio y la situación requería descongestionar el Establecimiento. Así lo encaró el Dr. Martirené desde su Dirección de la Asistencia Pública cuando adquirió la quinta de Basáñez, que hasta ahora venía arrendada para desahogo, recreo y servicios

auxiliares de panadería, lavadero, costurero, huerta, etc. Se planeó en el predio un nuevo Asilo. Corría el año 1921.

Entrada secundaria y de vehículos, desde la Plaza.

José R. Martirené (1868-1961)

Se arrasaron los viejos árboles, cayó el ombú característico de la calle Larravide.

Se demolió el caserón de Basáñez para levantar sobre ella el edificio de la Administración. Resultaron seis pabellones que albergaron a 400 asilados en cómodas salitas.

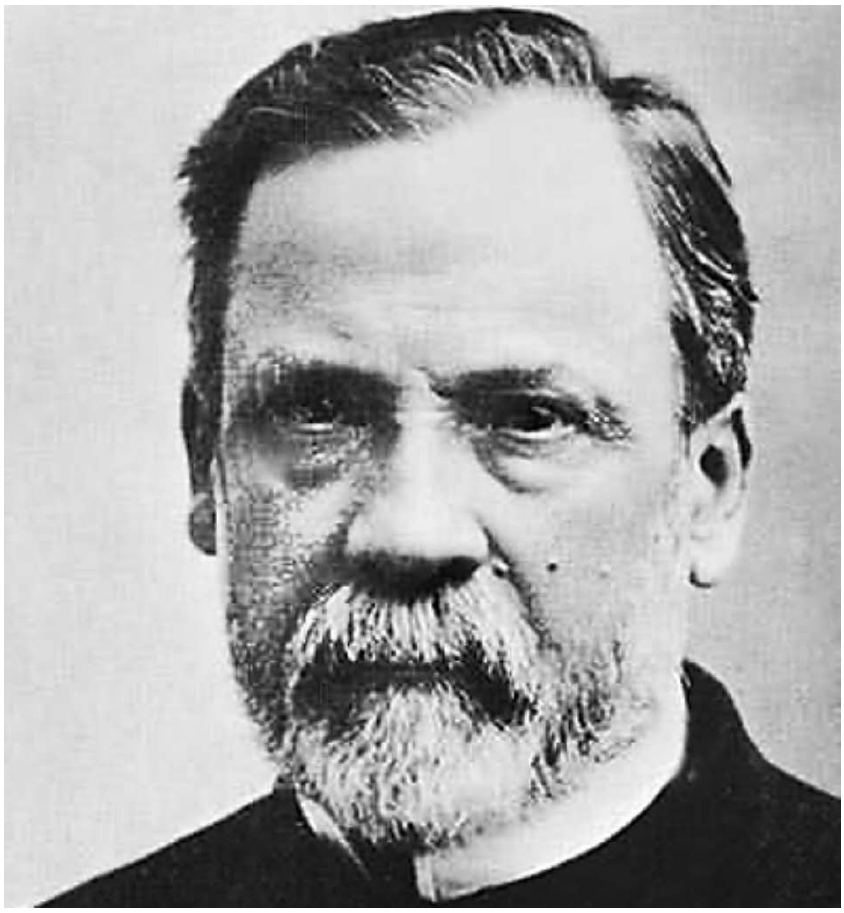
Los nuevos edificios techados de tejas, con avenidas, jardines que separaban los pabellones, el parque, el arroyo de la Cantera ya saneado. Todo

daba el aspecto de una colonia de vacaciones que aseguraba el sereno descanso de los asilados.

En cuanto al viejo edificio que nos ocupa con sus 6500 metros cuadrados, con sus patios, jardín al fondo, etc., fue picado, revocado, pintado y remodelado con parte de los asilados viviendo adentro.

En la parte alta del bloque central se construyeron dos bloques quirúrgicos, destinándose todo el piso a Cirugía. Pero los corredores seguían abiertos y las salas tan ventiladas como las vio Iturriaga 70 años atrás. Esto impedía la calefacción adecuada. Algunas salas requirieron ventanas dobles para protegerlas del pampero.

Culminadas las reformas, desembaladas las camas ortopédicas expresamente importadas de Inglaterra, la ceremonia oficial de inauguración se realizó por la mañana del domingo 22 de noviembre de 1922[3] porque por la tarde habría un acontecimiento importante: hablaría don Pepe Batlle por Radio Paradizábal. Primer discurso político propalado en el país.



[3] Al conmemorarse el Centenario del nacimiento de Louis Pasteur (27 de diciembre de 1822-28 de septiembre de 1895)..

Louis Pasteur (1822-1895)

Acudieron con todo, el Presidente de la República Dr. Baltasar Brum, el Director General de Asistencia Pública Dr. José Martirené, que tanto hizo por esta obra y el Director del Hospital Dr. Alberto Galeano.

Pero no fue la inauguración definitiva; ésta se hizo al año siguiente con el busto de Pasteur, único monumento que tiene el sabio en nuestro país. Fue el domingo 6 de octubre de 1923 en presencia del Presidente Ing. Serrato, el Ministro de la Guerra Gral. Riverós, el de Industrias Dr. J[osé F.]. Arias, los Dres. [Manuel B.] Nieto, [Manuel] Quintela, Álvarez Mouliá, [Augusto] Turenne, [Alberto] Brignole, Luis Bonavita, [José María] Delgado, la Dra. Paulina Luisi y los Sres. Nicanor Risso, José Ezequiel Pombo, el Secretario del Hospital don Leopoldo Bonavita, los Miembros del Consejo Local de La Unión Sres. Pascual Paladino y N. Barilari y el Ministro de Francia Mr. Anzouy.

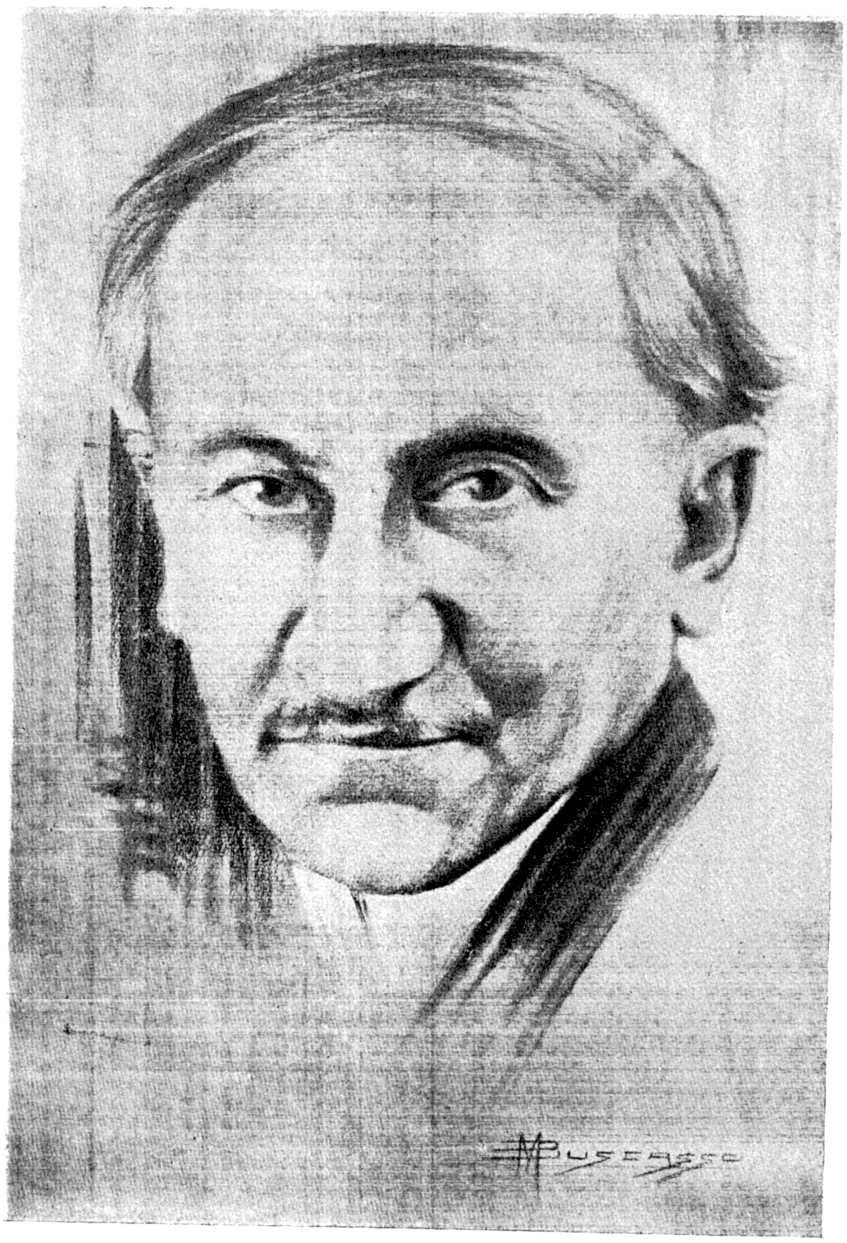
El Dr. Martirené expuso su discurso en francés historiando la vida del sabio y en las frases finales confió el cuidado y conservación del busto, obra de José Belloni a las Hermanas Vicentinas que lo tendrían siempre rodeado de flores.

Un grupo de Niños del Asilo cercano cubrió la estatua de flores. La Banda Militar hizo oír los himnos oriental y francés. Se sirvió un refrigerio a la concurrencia.

Quedaban con todo asilados en el nuevo Hospital Pasteur; a la derecha, frente al primer aljibe estaba la Sala 2 de Crónicas que pronto vino a ser Servicio de Maternidad a cargo del Prof. Dr. Colistro, personalidad florida recordada con cariño por el personal.

También arriba en la Sala 19, quedaban asilados, enfermos crónicos urinarios, de los que se hizo cargo el Prof. Lorenzo formado en las Clínicas francesas famosas aún hoy.

En la planta baja estaban los Servicios de Medicina, del Ing. [sic] Dr. Urioste y del Dr. Mussio Fournier, que se transformó en Servicio y luego Instituto de Endocrinología; el del Prof. José Brito Foresti que enseñaba Semiología. En este ambiente médico se formó el Prof. Raúl Piaggio Blanco y se recibió el primer médico nativo del barrio: el Dr. Antonio Martínez Jaureguy.



Don Angel C, docto en Fisiología

Ángel C. Maggiolo (1877-1948)

Había también Servicio de la Asistencia Pública, como los de los Dres. Angel Maggiolo, que nos enseñaba Química Biológica y Fisiología; el del Dr. Rómulo Silva, el del Dr. Manginou, el del Dr. Escuder Núñez, etc.

Las cocinas seguían en la planta baja donde las dejó Rumi su constructor. Recién en 1926 bajo la Dirección del Dr. Delfino vinieron al tercer piso, la azotea en ese tiempo. El espacio lo ocupó el Dispensario Antituberculoso No. 3, el Servicio de Asistencia Externa de La Unión y parte

restante fue la policlínica de Oído, Nariz y Garganta a cargo del Dr. Giannetto. Otras policlínicas como la de Piel a cargo del Prof. Alonso que traía conocimientos del Hospital San Luis fueron a los restos de la Cárcel.

Sobre el lado de Larravide, debajo de las actuales salas 1 y 3 funcionaba el Servicio de Infecciones a cargo del Dr. Claveaux donde siempre habían tíficos llegados desde los aledaños de Carrasco. Al habilitarse en 1934 el Instituto de Enfermedades Infecciosas emigraron allá con todo su personal. Desaparecieron entonces los boxes característicos debajo de la sala 3 donde vino la Policlínica Cardiológica del Dr. Canabal.

La Cardiología y los primeros trazados electrocardiográficos fueron de manos del Dr. Álvarez Mouliá en un cardiógrafo descartado del Maciel, donde lo tenían arrumbado en un sótano húmedo. Allí se formó el Dr. Velasco Lombardini.

La Radiología la desempeñaba el Dr. Gonzalo Pelfort. Estos Servicios evolucionaron progresando y superándose: el de Endocrinología a cargo del Prof. Mussio Fournier inició un Catastro Endocrinológico de los escolares y se consagró cuando la visita del sabio Dr. Gregorio Marañón en marzo del 1937.

Gregorio Marañón y Posadillo (1887-1960)

En la planta alta estaban todos los Servicios Quirúrgicos alrededor de los bloques originales. Pronto el Prof. Ernesto Quintela habilitó el suyo, vecino de las salas 22 y 23 cuyas ventanas daban a la calle Asilo. Allí operaba Mérola, el Dr. Nieto o el Prof. Giannetto los procesos de cuello y garganta.

El Presidente de la Sociedad de Cirugía

Lorenzo Mérola (1880-1935)

Por último el fallecimiento del Prof. Arrizabalaga en 1932 dejó vacante su Clínica en el Maciel; allá se mudó el Prof. García Lagos con todos sus estudiantes y ayudantes: el Dr. Seoane, el Dr. Cantón, el Dr. Víctor Armand Ugón. Vino a ocupar su sitio el Prof. Dr. Eduardo Blanco Acevedo, en esos momentos Profesor de Operaciones, una materia que no se da más en Facultad; había vuelto al país en 1919 desde Francia y tenía el mérito de

organizar la Sanidad Militar oriental según el modelo francés de los hospitales Rostchild y Valgram que había dirigido cuando la guerra.

Don Eduardo, Cirujano y orador

Eduardo Blanco Acevedo (1884-1971)

Era el Prof. Blanco Acevedo en esos momentos Ministro de Instrucción Pública y pronto, por el brusco cambio político de marzo del 33, vino flamante

Ministro de Salud Pública, así que fácilmente volcó todos sus esfuerzos a la organización de su Instituto de Post-Graduados. La idea era oportuna y adecuada, porque los cirujanos del interior no podían fácilmente viajar y venir a Montevideo, el Instituto iría a las localidades del interior y favorecería Cursos Quirúrgicos a nivel de Graduados para quienes bajaran a Montevideo.

El oportuno apoyo del Gobierno Francés que había nombrado al Dr. Blanco Oficial de la Legión de Honor y las facilidades del nuevo Ministerio constituyeron un Instituto a generoso presupuesto y superior equipo con un "cialoscopio" único en América que permitía la visualización del campo operatorio desde la sala vecina sin la presencia séptica de los estudiantes; desgraciadamente los vapores de yodo y tal vez el inadecuado cuidado inutilizaron pronto el aparato.

Montevideo durante la Guerra Grande (1839-1851)

Verocay; un Sabio modesto y muy nuestro!

José Verocay (1876-1927)

El edificio resultó mejorado; del lado de Cabrera vinieron los Laboratorios, la morgue con el Servicio de Anatomía Patológica a cargo del Dr. Verocay. Por esta puerta lateral de servicio, entraba también puntualmente el Ministro atento a detalles que escapaban a otros ojos.

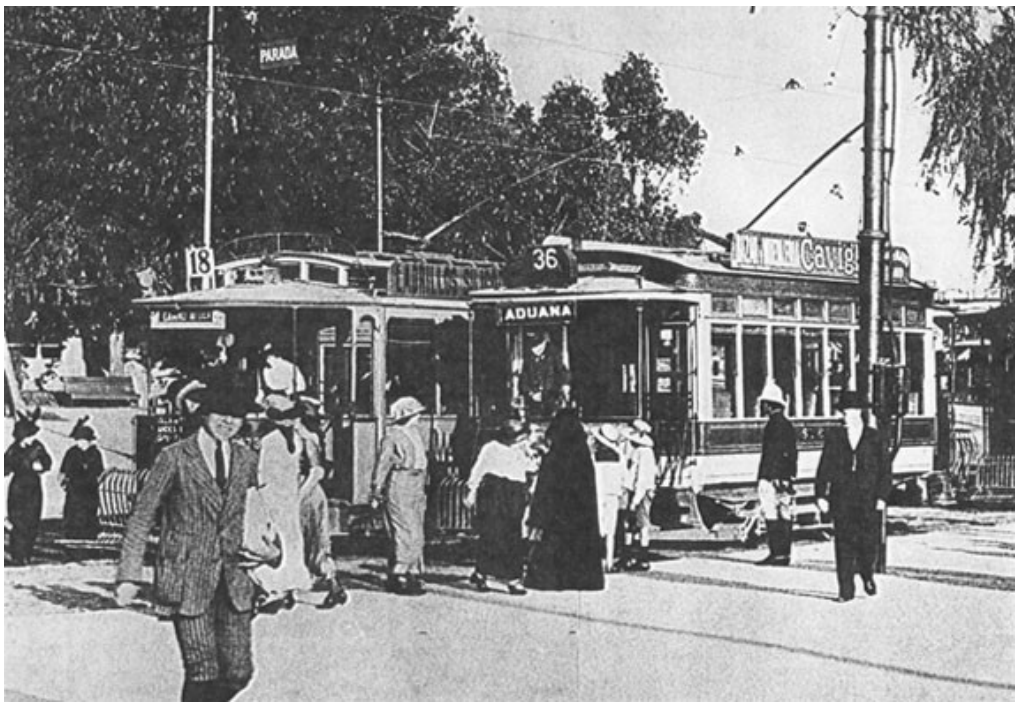
Una figura simpática por lo esforzado y que quiero destacar fue la del Practicante Gatti, que nunca se recibió, pero que se desempeñaba en la

Policlínica de Higiene Sexual, especialidad que prácticamente desapareció con los antibióticos. Estaba junto a la Farmacia, a la izquierda del jardín del fondo, tenía doble turno; matinal y vespertino para aplicar los "lavados de uretra y vejiga".

Los directores del Hospital fueron médicos; al Dr. Galeano sucedió el Dr. Delfino, a éste el Dr. Leunda, pero la complejidad de los Servicios y la Administración difícil trajeron oficiales burócratas como el Sr. Roberto Durán, Félix Olivera y otros que ya vinieron como interventores culminando tales con el Dr. Ceibal Artigas que inició otra remodelación.

La ubicación del Hospital sirviendo a una vasta zona, cerca de una de las entradas a la Capital polarizaba las urgencias. En él se inició la Escuela de Traumatología del Prof. Bado, en la Sala 25, pero no influyó ésta mayormente sobre la zona porque el público que se asistía era de paso, urgente y pobre.

Cuando se habilitó el Pasteur como Hospital de agudos estaba servido por las líneas tranviarias de La Unión, el 54, el 56, el 52 y el 51 que traían pasaje desde el Manga y desde la zona de los Studes de Maroñas.



Primeros tranvías eléctricos

Los trolley-buses dobles, que circularon desde 1961 hacia La Unión

Cuando se fusionaron las Compañías en 1934 se estableció el loop con la línea 13 que ahora surtía de público desde el Cerrito.

También de La Comercial eran el 32 y el 38 que subían desde el Buceo y Rivera a lo largo de la calle Comercio.

El Ferrocarril Uruguayo del Este corría por la calle Avellaneda, ya no llevaba pasaje, más que los domingos cuando lo traía para el Hipódromo. Pero este estaba fuera del barrio.

La gente de los lados de Carrasco y de Pando tuvieron por años los breacks de Salhon y el ómnibus de ruedas macizas de Bértola, muy incómodo, y que a veces seguía desde su parada en Pan de Azúcar y 8 de Octubre hasta las puertas del Hospital llevando algún enfermo con ciática.

Los aledaños de Canelones eran proveedores de enfermos agudos todo el año: neumopatías en invierno y primavera y tifoidea en verano. Venían por recorridos especiales que las Compañías de ómnibus hacían coincidir con las horas de visita al Hospital, como hasta ahora.

Con esta facilidad de transporte es fácil que el personal nuevo pudiera residir lejos del Establecimiento, a no ser aquellos cuya responsabilidad y lealtad a la función era mucha. Estos residen siempre cerca. Están a la orden.

Hay mucho para decir lo que se espera del Pasteur como Escuela Médica y Centro Asistencial porque sigue adelante con los progresos de la Medicina.

* * *

De izquierda a derecha: Ignacio T. Carrera, Julio César Priario y Ceibal Artigas, circa 1960.

Ceibal Artigas fue por largos años Director del Hospital Pasteur, el último mencionado en la reseña transcripta.

Bajo el título de ***Nota de los Editores,*** se hace constar que este trabajo del Dr. Héctor Brazeiro Diez fue presentado a la Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina en la sesión del 6 de diciembre de 1977 bajo el título: Orígenes y evolución del actual Hospital Pasteur.

En la misma sesión, el Dr. Washington Buño (1901-1990) presentó una comunicación sobre la Asistencia a los Alienados y orígenes del Hospital Vilardebó.

El trabajo escrito por el Dr. Brazeiro en ese momento, presentado como una amena y jugosa crónica del devenir del Asilo de Mendigos a Hospital Pasteur, incluía una lista de bibliografía y datos consultados que seguidamente reproducimos:

1. Archivo de datos personales del Arquitecto Martínez Jaureguy.
2. Archivo de Planos del Escribano Héctor Decia.
3. Bonavita, Luis. 1941. Aguafuertes de la Restauración. Montevideo. Impresora Uruguaya. 192 págs.
4. Bonavita, Luis. 1958. Hombres de mi tierra. Montevideo, Impresora Uruguaya. 135 págs.
5. Bonavita, Luis. Colección de artículos del Suplemento dominical del diario *El Día* entre 1938y 1963.
6. Comisión Nacional de Caridad y Beneficencia Pública. Sus establecimientos y servicios en 1905. Impreso en los talleres de la Escuela Nacional de Artes y Oficios. Montevideo, 1907. 519 págs.
7. Magariños de Mello, Mateo J. 1948. El Gobierno del Cerrito 1843-1851. Tomo I: La Higiene Pública. C) La Vacuna. D) Sanidad Portuaria (págs. 362-378). Montevideo.
8. Revista Unión.

El material se complementa con una serie de ricas notas bibliográficas y anexos documentales que por razones de espacio no podemos reproducir, pero que se pueden consultar en la publicación original de la SUHM.